

**INTRODUCCIÓN**  
**EL VIAJE COMO FIN DE LA ANGUSTIA**

—Nos iremos a España por un tiempo.  
Súbitamente Erdosain tuvo la fría sensación del viaje.

R. A., *Los siete locos*

En una entrevista de 1929 para una publicación bonaerense, un Roberto Arlt muy crítico con la literatura argentina, de la cual aseguraba que iba a quedar apenas para la posteridad *Don Segundo Sombra*, de su querido mentor Ricardo Güiraldes, y *El juguete rabioso*, su debut como novelista tres años atrás, se preguntaba y contestaba: «¿Qué opino de mí mismo? Que soy un individuo inquieto y angustiado por este permanente problema: de qué modo debe vivir el hombre para ser feliz, o mejor dicho, de qué modo debía vivir yo para ser completamente dichoso». A tenor de su trayectoria personal atribulada desde que a los dieciséis años ya tuvo que ganarse la vida en diferentes oficios después de que su padre lo echara de casa —en una librería, como aprendiz de hojalatero, de pintor y de mecánico, corredor de papel y empleado en una fábrica de ladrillos y en el puerto—, y su desafortunado matrimonio, que definió como «ocho años de condenación», «ocho años de angustia», en una carta a su hermana Lila poco después de esa entrevista, y cuyo dolor acababa de exorcizar a través de su *alter ego* Erdosain en *Los siete locos*, tal preocupación por alcanzar la dicha cabrá relacionarla estrechamente con su creación literaria. En la misma misiva afirmaba, entre petulante y patético: «Soy el mejor escritor de mi generación y el más desgraciado. Qui-

zá por eso seré el mejor escritor». Una percepción que, sin embargo, pocos años después pudo sufrir, siquiera eventual o ilusoriamente, un cambio esperanzador.

Tal cosa tiene una fecha de inicio que cambiará su vida —la poca que le quedaría, hasta que en 1942 se lo lleve un ataque cardíaco— e incluso su obra: el 14 de febrero de 1935, cuando sube a bordo del *Santo Tomé*, en Buenos Aires, llegando el día 23 al puerto de La Luz, en Gran Canaria; y una fecha de regreso —el 22 de mayo de 1936, cuando el vapor *Cabo San Agustín* atraca en Buenos Aires tras una corta escala en Montevideo— que marcará tanto su nostalgia por lo que ha visto y sentido durante quince meses, muy lejos de su hogar y a la vez tan cerca al comprobar cómo el pueblo gallego, por ejemplo, tiene lazos directos con la emigración a la Argentina, como por la compasión y pena por la España prebélica que conoció de cabo a rabo. Considerando este punto de inflexión, Domingo-Luis Hernández señala las dos etapas de Arlt antes y después de visitar España, cuando el diario *El Mundo*, para el que escribía unos artículos sobre su ciudad a pie de asfalto —primero sin firmar, luego con el título de «Aguafuertes porteñas» sin firma, y al fin firmando R. A. primero y luego con su nombre completo— desde que el diario se fundó, en 1928, bajo la dirección de un periodista nacido en Rusia y criado en Buenos Aires, Alberto Gerchunoff, le envía al extranjero. Nuevamente, pues ya había visitado Uruguay y Brasil en 1930 durante dos meses, y hará lo propio en 1940, cuando salga por última vez de su país como corresponsal en Chile. Por aquel final de los años veinte, Roberto Godofredo Christophersen Arlt, nacido en abril de 1900 y vecino del barrio de Flores, hijo de Carlos Arlt, inmigrante alemán de Posen (hoy Polonia), y de la austriaca Catalina Iobstraitzner, del Tirol de lengua italiana, ya es una figura pública al que le llueven las cartas y las visitas de los lectores proponiéndole temas para sus columnas, es-

tableciéndose así una de las relaciones periodista-lector más particulares e intensas que se podrá encontrar en el mundo de la eclosión de los medios de comunicación de masas. El día anterior al embarque hacia Europa, Arlt hasta hace patente ante sus seguidores la ilusión que le hace tamaña aventura: «¡Y aún no puedo creerlo! Aunque a ustedes les parezca un disparate. Sí, no puedo creerlo, tan largamente, con tanto ardor de años e imposibilidades he deseado este viaje». Hernández dice que, a ojos de Arlt, «lo que España representa (en lo histórico, lo cultural, lo arquitectónico, lo paisajístico, lo vital...) es la forma del paraíso soñado». Y el autor, en esa nota de despedida titulada sencillamente «Señores... me voy a España» (12-II-1935), insiste en «la incredulidad de que ocurra un prodigio tan próximo. Y aunque les parezca pueril, a mí este viaje se me antoja extraordinario, tan riquísimo de posibilidades, que hora tras hora le tomo el pulso al tiempo decreciente que me separa del día jueves en que me embarcaré».

Para Arlt, España es su admirado Pío Baroja —dice él mismo en una aguafuerte porteña que sus otros maestros son Dickens, Eça de Queiroz, Quevedo, Mateo Alemán, Dostoievski, Cervantes y Anatole France; y en otra, pero española, habla de cómo el nacionalismo vasco lo ha ninguneado— y las historias legendarias de bandidos andaluces que conoció de niño. Saldrá así del ambiente rutinario y algo sórdido que imperaba en sus días y al que se refirió *rabiosamente* en unas «Palabras del autor» previas a la novela *Los lanzallamas*, defendiéndose de que lo acusaran de escribir mal dadas sus incorrecciones gramaticales y lamentando las condiciones de su oficio: «Escribí siempre en redacciones estrepitosas, acosado por la obligación de la columna cotidiana», dice, para añadir que la escritura era para él todo un lujo, ya que «ganarse la vida escribiendo es penoso y rudo»; más si cabe cuando los críticos decían que practicaba «un

realismo de pésimo gusto», lo que originó que se hartara de enviar sus obras a la prensa. La nota, muy breve, daba para mucho, pues se mofaba de que la gente idolatrara a Joyce, y se mostraba abiertamente en la senda de lo que propugnaba Kafka por cuanto seguía «escribiendo en orgullosa soledad libros que encierran la violencia de un *cross* a la mandíbula». A esta expresión alude Gustavo Martín Garzo al explicar cómo para Arlt la literatura es un modo de rebelión frente a «un mundo que hace de la mentira la base de la felicidad humana», lo que le hizo concebir sus obras «como una crítica del mundo biempensante de la burguesía y la intelectualidad porteña». El entorno resulta incómodo siempre, y el autor, despectivo y burlesco, sufriente e individualista, no sale de la maraña de la angustia, «producto objetivo del espacio urbano», como dice el narrador metaliterario de *Los siete locos*, que incluye un capítulo justamente llamado «La cortina de angustia», con un aislado Erdosain en situación de nerviosismo en la cama, asumiendo cómo «el vacío está en él, aunque él prefiere el sufrimiento al vacío». Pegados a toda esta tela de araña de desasosiego infinito, los personajes de Arlt se mueven entre la locura y el rencor, entre una suerte de dependencia y afición a las prostitutas y el deseo de humillación doméstica, entre el ansia suicida y la vena asesina, entre las estrategias del crimen organizado y las ínfulas sociales revolucionarias.

Él mismo, viviendo con fulgor de reivindicación y justificación propias al que tan dado era, dedicó una crónica, «Los siete locos» (*El Mundo*, 27-XI-1929) a hablar del contenido de su novela a partir de una pregunta de un lector. En ella, detallaba la acción y el propósito de los personajes, «individuos, canallas y tristes, simultáneamente; viles soñadores simultáneamente, [que] están atados o ligados entre sí, por la desesperación. La desesperación en ellos está originada, más que por la pobreza material, por otro factor: la

desorientación que, después de la gran guerra, ha revolucionado la conciencia de los hombres, dejándolos vacíos de ideales y esperanzas». Se trataba, a fin de cuentas, de individuos a quienes había conocido, aseguraba, gracias a su trabajo como periodista, de tal forma que no había hecho nada más «que reproducir un estado de anarquismo misterioso latente en el seno de todo desorientado y locoide». Pero un estado que también y sobre todo anidaba en su interior, viendo y por tanto padeciendo la soledad despiadada del hombre moderno, el abismo existencial más extremo que, en su narrativa, se manifiesta con la paradoja de sentirse muerto y querer vivir sin embargo, con la idea de que todo está perdido y Dios es un ente que despreciar, y el amor, inalcanzable al no acabar de surgir, la única salida digna. Sus escritos, tan visiblemente antisentimentales, muestran el fatalismo inevitable que nos rodea allá donde estemos, la pena que aturde: Erdosain «encerraba todo el sufrimiento del mundo, el dolor de la negación del mundo», se lee al comienzo de la historia, y en estas palabras se percibe a un Arlt *desgraciado*, hiperbólico a lo largo de todo el texto en su apego por los «ladrones, macrós, asesinos, locos», que emerge de su rebeldía personal, social, ciudadana, política al fin y al cabo con la etapa de la historia que le ha tocado vivir: la angustia «implica frecuentemente en *Los siete locos* y *Los lanzallamas* una difícil relación del individuo con el tiempo. Arrojado al mundo, sin ningún asidero en el pasado, sin futuro previsible, debatiéndose en un presente desesperadamente vacío, el protagonista urbano se define esencialmente por sus carencias», observa Maryse Renaud. El asidero y el futuro, la esperanza del fin del vacío y la carencia, serán el Viaje.

En verdad, Arlt se lo había ganado. Hasta tal punto tuvo éxito con sus artículos diarios, verdaderos apuntes de la realidad cotidiana, informales y sinceros, que captaban

con chispa lo que sucedía en las calles y establecimientos de Buenos Aires —cuando no meditaciones muy personales con las que era fácil identificarse y tenían un punto de provocación, como «El placer de vagabundear», «Soliloquio del solterón», «Sobre la simpatía humana», «La terrible sinceridad», «La inutilidad de los libros», «Si la gente no fuera tan falsa...», «El derecho de alacranear», «El conventillo de nuestra literatura», «La falsa benignidad periodística», por nombrar aquellos títulos llamativos de las que me parecen más hermosas y ocurrentes y divertidas de entre las mil ochocientas que acabaría publicando—; un éxito tal, decía, que, como escribió Raúl Larra en un artículo de 1952, «una especie de desencanto surgía en el lector la vez que abría *El Mundo* en la página 5 y no hallaba el aguafuerte». No se trata tampoco de esta supuesta imprecisión en la que también incurrió Juan Carlos Onetti, en el prólogo a una edición de *Los siete locos* de 1971, al señalar que el director del periódico cambió el día en el que solía publicarse la aguafuerte (según él, los martes) para despistar a los lectores y que tuvieran que comprar el diario todos los días; Arlt colaboraba en aquellas páginas con total continuidad, como ha demostrado su mejor estudiosa actual, Sylvia Saítta, a la que tanto debe la presente compilación, con sus ediciones de las aguafuertes y su biografía *El escritor en el bosque de ladrillos*, así que la anécdota que explica Onetti tal vez se deba más a una leyenda apócrifa, y en todo caso se compensa con el recuerdo de su cita con Arlt, impagable, a raíz de la sugerencia de un amigo que quería ayudarlo a publicar una novela que acababa de escribir. «Mañana vamos a ver a Arlt», le dice, y la visita, ocurrida hacia 1935, es como una llave maestra con la que irrumpir de pronto en la cotidianidad del escritor: «Arlt tenía el privilegio, tan raro en una redacción, de ocupar una oficina sin compartirla con nadie», apunta el uruguayo. Allí mismo se saludaron, Arlt hojeó la

obra que llevaba Onetti saltando muchas hojas, sin tardar en asentir complacido, como si un rápido vistazo fuera suficiente para calibrar la calidad de un texto, y en seguida pasó a otro asunto que le incumbía mucho más: lamentarse de que no podía dedicarse a su novelística porque las aguafuertes le tenían «loco. Todos los días se me aparece alguno con un tema que me jura que es genial. Y todos son amigos del diario y ninguno sabe que los temas de las “Aguafuertes” me andan buscando por la calle, o la pensión o donde menos se imagina». Era la contrapartida de haber congeniado tan bien con el gusto popular: el acecho de la plebe significaba todo un triunfo periodístico que, para Onetti, era «fácil de explicar. El hombre común, el pequeño y pequeñísimo burgués de las calles de Buenos Aires, el oficinista, el dueño de un negocio raído, el enorme porcentaje de amargos y descreídos podían leer sus propios pensamientos, tristezas, sus ilusiones perdidas, adivinadas y dichas en su lenguaje de todos los días». Al parecer, según diferentes fuentes, *El Mundo* pudo subsistir gracias a las «Aguafuertes porteñas», al despertar tal interés que se produjo un aumento del tiraje, provocando que, como asevera Larra, de alguna manera Arlt fuera un intocable, que se le soportaran «muchas cosas, sus irreverencias, sus burlas». En otro sitio, el mismo ensayista arguye que hasta se le va a permitir hablar mal del periodismo: «Se le ve como un niño terrible y se le toleran todos sus gestos». Siempre en tensión, con su *lucha por la vida* barojiana, Arlt antepone su autoridad egoísta antes que la humildad diplomática aunque salga maltrecha la convivencia, siempre actuando a la altura de su «personalidad espontánea, anticonformista, iconoclasta y, en el plano profesional, a su didactismo, a su falta de respeto por las reglas, por las enseñanzas, por el pasado y o el presente culturales y literarios», consigna Mario Goloboff. Precisamente, en la entrevista aludida al comienzo de esta introducción —apa-

recida sin firmar en la revista *La Literatura Argentina*—, no tenía reparo en admitir que le gustaban los libros de Benito Lynch (autor criollista famoso en su época) y Horacio Quiroga, algunos poemas de Leopoldo Lugones (al que criticará de modo furibundo en varias aguafuertes porteñas, sobre todo en «El conventillo de nuestra literatura») y algunos ensayos de Jorge Luis Borges («que no tiene obra todavía», puntualizaba), pero se ensañaba en ese presente y pasado literarios con la idea de que «no hay una cultura nacional. Y las obras que llamamos nacionales como el *Martín Fierro*, sólo le pueden interesar a un analfabeto».

Onetti podrá asistir a esta conducta de Arlt, entre vanidosa y despectiva, tanto en la redacción del periódico como en la cafetería a la que luego van junto al amigo común; su admirado artista no parará de burlarse de colegas que, a su juicio, escribían como si estuvieran aún a comienzos de siglo, pese a que «no atacaba a nadie por envidia; estaba seguro de ser superior y distinto, de moverse en otro plano», le excusa. Una actitud esta que sin duda Arlt hacía explícita a viva voz, además de en carta, como veíamos, y que resultaría del todo antipática para más de uno. «Era un malevo desagradable, extraordinariamente inculto», «Era un imbécil», «No servía para nada», le dijo sobre él Borges a Adolfo Bioy Casares —según éste anotó en sus diarios distintos días—, además de calificarlo de «muy ingenuo», de llamarle «comunista», se supone que a modo de insulto, y llegar más lejos aún, por la parte que nos toca aquí, al indicar que sus colaboraciones en *El Mundo* se las reescribía algún compañero —Onetti afirma que era frecuente que le corrigiera sus errores ortográficos el director, Carlos Muzio Sáenz-Peña, que sustituyó a Gerchunoff rebajando a la mitad el precio del periódico y sacándolo de su inicial ruina— y que su fama no se podía comprender. Esto dicho en privado, en la intimidad de su casa o en la de su amigo, aunque en público, por ejemplo en

uno de los libros de charlas a los que se prestaría en la última etapa de su vida, Borges se limitara, por ejemplo hablando con Fernando Sorrentino, a asociar «ese estilo un tanto descuidado de Quiroga» con el de Arlt: «Sí, salvo que, detrás del descuido de Roberto Arlt, yo siento una especie de fuerza. De fuerza desagradable, desde luego, pero de fuerza». Y a lo mejor, o probablemente, o seguro tenga razón. El precioso Borges, de imaginación intelectual laberíntica, de perfección idiomática, no podía estar más alejado del Arlt que, en la aguafuerte porteña «¿Cómo quieren que les escriba?», defendía su estilo de «hombre de la calle, de barrio, apostando sin remisión ni arrepentimiento, sino con la seguridad de los que confían en sí mismos sin pudor, por un idioma sonoro, flexible, flamante, comprensible para todos, vivo, nervioso, coloreado por matices extraños y que sustituirá a un rígido idioma que no corresponde a nuestra psicología», pues, alerta de forma en verdad incontestable: «Además, hay algo más importante que el idioma, y son las cosas que se dicen». Arlt *dixit*: se publican libros malos argentinos porque no hay buenos y los periódicos se niegan a criticarlos negativamente para que los editores puedan ganar dinero con ellos; el periodista es un vago que no sabe ni leer ni escribir y que se muestra incompetente y desvergonzado a la hora de emplearse en cualquier asunto del que no tiene ni idea; el nacionalismo que usó el exotismo del gaucho, para él sinónimo de enemigo retrógrado de la civilización, es «carnavalismo»; los políticos que prometen «mares y montes», cuanto mejor sepan mentir, mejor políticos serán; de poco les sirvió la cultura o los libros a Alemania, Inglaterra y Francia al enviar a Europa a una guerra catastrófica; el escritor es un simple operario que se gana el puchero y para ello no duda en contradecirse o desorientar a la población; la mayoría de la gente miente continuamente, sobre todo en el campo amoroso; la ciencia es inútil que progrese si los seres humanos continúan teniendo el corazón duro y agrio...

Arlt dijo así lo que le vino en gana, o al menos un veinticinco por ciento de lo que quería según dijo él mismo —como recoge Saítta en su biografía arltiana, «pues muchas veces el director manda su nota al canasto o tacha de una plumada un trozo de nota» o corrige «paternalmente, sus numerosos errores»— gracias a ese escaparate a modo de viñetas sociales que fueron las aguafuertes porteñas, de acentuado signo local o personalista antes de que cruzase el Atlántico y otra forma de escribir para informar, contagiada de un sentimiento nuevo —el asombro emocionado— y de un alto grado de rigor informativo, tomara el testigo y el cinismo de antaño tuviera menos excusas para acaparar líneas y líneas. Y es que, a fin de cuentas, las aguafuertes bonaerenses servirían para conocerlo tanto como narrador como persona: «A la luz del periodismo es dable ver muchas de sus virtudes, pero también muchos de sus defectos. Arlt es rápido, arriesgado, moldeable, un sobreviviente nato, pero también es un autodidacta, aunque no un autodidacta en el sentido en que lo fue Borges: el aprendizaje de Arlt se desarrolla en el desorden y el caos, en la lectura de pésimas traducciones, en las cloacas y no en las bibliotecas», escribió en un artículo Roberto Bolaño; y Juan Villoro, en otro concreto sobre *El juguete rabioso*, dice con razón que «Arlt es un goloso de la originalidad; para él, escribir significa escribir de otro modo». El mismo Arlt definió ese otro modo en «La crónica n° 231», en la que celebraba, en el último día del año 1928, la satisfacción de haber escrito tanto para *El Mundo*, con plena libertad (?) para denunciar lo que consideraba una tontería, atacar una injusticia y decir lo que es uno sin restricciones: «Escribo en un “idioma” que no es propiamente el castellano, sino el porteño», dice en un pequeño apartado titulado «Léxico» dentro de la columna. «Y es acaso por exaltar el habla del pueblo, ágil, pintoresca y variable, que interesa a todas las sensibilidades.» Y de manera harto

distinta, se podría añadir, tras leer «Las “Aguafuertes” como autobiografismo y colección», de David Viñas, que ve a Arlt como un escritor turista en España más que como el *flâneur* que deambulaba por Buenos Aires y ponía en práctica su prodigioso poder de observación; se trata, ya en suelo español, según este estudioso que se ocupó de editar ampliamente una selección de aguafuertes (con apenas unas pocas españolas), «de un corresponsal que hasta porta cámara fotográfica, artefacto impensable en el porteño que morosamente se disponía a escuchar en los cafés, en las plazas o en el tranvía a sus conciudadanos». La comparación suena al menos en exceso parcial; de la misma manera sería injusto, dándole la vuelta al argumento desde este lado del océano, banalizar el localismo inherente de esas prosas porteñas y circunscribirlas a una suerte de entretenimiento rutinario, olvidándonos que también guardaron una gran impronta sociopolítica, ya que Arlt escribió —incluso con un fotógrafo a su lado cuando acudió a barrios periféricos depauperados— sobre temas tan candentes de la época como el golpe de Estado de 1930, el fusilamiento del anarquista italiano Severino di Giovanni o el penoso estado de los hospitales de la ciudad. Por otra parte, es indudable que fueron las aguafuertes españolas, obligadas por las circunstancias a un cambio de enfoque y estilo por tener el objetivo de transmitir una realidad lejana, nueva y variada como la España pobre, convulsa y tradicional de los años treinta, las que reorientaron la sección de Arlt hacia un plano mayor, en el que sus dotes de observador —«Pocos escritores han dependido tanto de los ojos como Roberto Arlt», apunta Villoro al hablar de «su fascinación por la ciudad» y los materiales con los que está construida— brillaron al describir el duro mundo de la pesca en Andalucía o Galicia, la religión o la política en el País Vasco, el atroz trabajo de los mineros en Asturias, las revueltas callejeras en Madrid o la explotación

laboral a los niños y la discriminación hacia las mujeres en Marruecos.

El lector podrá comprobar lo dicho en el presente volumen, el primero en reunir en España un número amplio de las aguafuertes que el escritor publicó a raíz de su viaje europeo, incluyendo, respetando la disposición de las propias *Aguafuertes españolas*, editadas en 1936, con los veintitrés textos que el autor dividió en tres apartados: «Cádiz», «Marruecos» y «Granada», sólo tres años después de seleccionar sesenta y nueve de las casi mil aguafuertes que llevaba escritas hasta ese momento para el volumen de *Aguafuertes porteñas*. En la biografía de Arlt publicada originalmente en 1950, que puso el acento en la supuesta ideología comunista de su objeto de estudio, pese a que el autor no militó en el Partido, limitándose a colaborar con varias de sus publicaciones, Raúl Larra comenta, sobre las crónicas, el «humor cáustico y amargo que sirven para expandir su nombre en longitud creciente» y que se convierten en todo «un nuevo género literario —aspectos de la vida porteña y sus tipos»; fundamentalmente, gracias al «poderoso don de observación que lo distingue, esa facultad para captar el matiz pintoresco, ridículo, sensacional, le han de servir para componer ese panorama ciudadano donde el hombre es el principal elemento del paisaje. Sabe ver, sabe descubrir». Aunque hacerlo cada día implicaría la amenaza de cierto desgaste, como apunta su hija Mirta al prologar brevemente una edición de las *Aguafuertes españolas*, tras hablar del sufrimiento que se vivió en casa cuando su padre marchó, aludir al aliciente económico que todo ello suponía y a esa «obligación de mantener el interés» del lector ampliando horizontes. Y realmente lo conseguiría, porque en las aguafuertes «españolas» —también nombradas «africanas», «gallegas», «asturianas», «vascas» y «madrileñas» (también dichas unas pocas «Cartas de Madrid» y «Cartas de España»),

dependiendo del lugar sobre el que hablara— se aprecia una calidad de observación fina extraordinariamente honda de continuo, una mirada plena de humanidad, conmovedora, drástica y sensible al mismo tiempo, de ahí que «su falta de presunción y su desvalimiento, su mezcla de ternura y de agudeza, su indulgencia para juzgar a los hombres, su falta de temor a la contradicción, su meditación filosófico-porteña, ganan al auditorio», sostiene Mirta. Por así decirlo, se trata de una escritura periodística hermo­seada por su verbo literario, más consciente de las consecuencias de su lectura ante un público, el de siempre, que de repente era forzosamente otro: «Las *Aguafuertes españolas* lo apartan de la veta socarrona de las *Aguafuertes porteñas*. Alterna el asombro y la ternura con la causticidad crítica. Se ha sumergido en un mundo nuevo y diferente del nuestro. No puede trabajar con sobrentendidos porque el lector porteño no comparte el escenario. Habrá que ingeniarse para no fatigar. La necesidad lo coloca en escritor-actor que se dirige a un lector-espectador», dice sabiamente su hija, quien recordando las fotos y cartas que iría recibiendo de su padre, alude a cómo él fue sintiendo «un acentuado amor por el color, la música y la gente de España» pese a ver como nunca en su vida tanta miseria a lo largo de su peregrinaje por más de diez ciudades y treinta pueblos.

Precisamente, en cartas destacadas por Larra, a su madre y a su hermana Lila —muerta muy precozmente, en 1936, por culpa de una tuberculosis pulmonar—, les da cuenta de la pobreza extrema que ve en España, donde «no hay carro de basura porque nada es basura, no se tira nada». Y aun dice: «Francamente, estoy decepcionado. Hay mucho material para el periodista pero en cambio un atraso y una mugre y una barbarie tal como únicamente podés encontrarla en el último rancherío de Córdoba». Arlt, por cierto, se había instalado en esta ciudad de la zona central argenti-

na en 1920, en un tiempo decisivo para él: en 1921 hace el servicio militar en Alta Córdoba y conoce a la *causante* de tanta infelicidad, Carmen Antinucci, con la que se casa en 1922 —jamás le perdonará a ella y a su suegra que le oculten la tuberculosis que padecía— y tiene a Mirta en 1923, cuando está preparando *El juguete rabioso* y no tardará en empezar a colaborar con sus relatos en la revista *Don Goyo*. Arlt presumirá del hecho de que pocos españoles conocen su propio país tan bien como él, que lo recorre de sur a norte, y no puede evitar compararlo con su tierra en esa ocasión y otras. Pero ¿qué le enseña, qué espera de España desde que publica el 13 de febrero de 1935 «Mañana me embarco», en una sección que titula «Hasta la vista», y el día 25 «Ya estamos a bordo», esta vez con el lema «Aguafuertes de viajes»? En un ensayo enmarcado en un volumen colectivo sobre la inmigración de escritores hispanoamericanos a España en el periodo de entreguerras, Saítta alude a «la España musulmana, cuyos rasgos moriscos habitan en el sur de la península, pero es también la austera y laboriosa España del norte del país. Es la España de la pandereta y de los mantones, de los paisajes pintorescos y de los panoramas de tarjeta postal, pero es también la España negra que asoma en Toledo, en los cuadros de El Greco, en las series de Goya. Es la España castiza, atravesada por las historias de sus reyes y de sus clérigos, pero es también la España proletaria, politizada, al borde de la guerra civil». Toda esa España tópica y previsible, poliédrica, compuesta de muchos países dentro de uno claramente que contrastan en sus maneras de ser y tomarse la vida, parece fascinar a Arlt una vez se deshace de la decepción que le supone encontrarse, desde que pisa suelo canario, con un pueblo que se pasa las horas discutiendo de política y malvive de modos que despiertan la compasión, describiendo con punzante detallismo y vivacidad el devenir de las gentes que le acogen y le hablan. De su observa-

ción curiosa, de sus iniciativas valientes a la busca de experimentar el ambiente del que quiere transmitir su realidad más fidedigna, surge la comprensión volcada en empatía, la afinidad fraternal, lo piadoso; llegan hasta el fondo de su alma los padecimientos ajenos, y la oscuridad de lo nuevo se ilumina gracias a su trabajo investigando en bibliotecas y entrevistándose con todo aquel que pueda ayudarle; y entonces, con cada largo y pesado trayecto en tren, el amor por el lugar se va haciendo enamoramiento, muy en especial en la ciudad de Tánger, y el gusto por otra urbanidad semejante y a la vez distinta a la bonaerense llega a su cenit al pasear por su adorada Madrid.

Pareciera que el viaje dulcificó a Arlt, o lo humanizó, o lo esperanzó, o le quitó de encima esa pulsión nerviosa que lo descontrolaba y estimulaba a partes iguales, incluso en proyectos patentados a los que dedicó esfuerzos e ilusiones incontables, como se desprende de las cartas enviadas a su hija. «Porque el pobre hombre —cuenta Onetti— se defendió inventando medias irrompibles, rosas eternas, motores de superexplosión, gases para concluir con una ciudad. Pero fracasó siempre» y, en efecto, su ensoñación de hacerse rico con un invento que revolucionara los hábitos de consumo no alcanzarían puerto alguno, aunque, sigue el uruguayo, «me consta que tuvo fe y que trabajó en sus fantasías con seriedad y métodos germanos. Pero había nacido para escribir sus desdichas infantiles, adolescentes, adultas. Lo hizo con rabia y con genio, cosas que le sobraban». Arlt fue su propio *juguete rabioso*, estuvo amenazadoramente armado con un *lanzallamas*, fue uno de los *siete locos* en los que se encarnaba cada día de la semana: lo fue antes de su visita a España y al norte de África, lo fue después a la vuelta, pero tal vez en aquel año de recorrido incansable, incluso viajando enfermo en tren y jugándose la vida en los altercados de un Madrid asesinando político, vivió en una suerte de oasis

en el que nunca ancló en Buenos Aires, y tal vez sintió haber vivido ese paréntesis del fin de la angustia en el momento en que, al decir de Martín Garzo, «se da cuenta de que su viaje ha sido a la vez un viaje en el espacio y en el tiempo, un viaje físico y espiritual. El viaje, en definitiva, que le ha permitido encontrarse con esa verdad que como escritor no había dejado de buscar desde que empezara a escribir». Una verdad, vale decirlo, compleja, extraña, inclasificable, si hablamos de Roberto Arlt, novelista que abandonó la novela para consagrarse al teatro; hombre infeliz casado que se deprimió en prostíbulos y buscó escauceos con sirvientas y mujeres también casadas, que se volvería a casar y a hacer desgraciada a otra mujer y hacerse desgraciado él mismo de nuevo —Carmen muere en 1940, ya con el divorcio en proceso, y Arlt contrae segundas nupcias enseguida, en Uruguay, con la periodista Elizabeth Shine, aunque no le da tiempo de conocer a su hijo, Roberto Arlt, que nacería tres meses después de que a él lo mate una asistolia miocardi-tis crónica—; narrador urbano por antonomasia que usó su viaje a Marruecos para reinventarse en un narrador distinto, practicando «una escritura prácticamente libre de defectos formales pero al servicio de mediocres cuentos exóticos, nacidos de un tardío y deslumbrado descubrimiento de otras regiones del mundo», como escribió Julio Cortázar en 1981 al referirse al volumen *El criador de gorilas*, compuesto de relatos que, en pleno viaje, iría publicando en *Mundo Argentino* y *El Hogar* y que ya no destilaban ese perfume desinhibido, agresivo, desacomplejado de sus ficciones anteriores. Publicado en Chile en 1941, país por el que siente un gran interés al final de su vida y que le servirá de escapatoria de su segundo matrimonio, como explica Saïtta en su biografía, en esa colección de cuentos con títulos que remiten a personajes musulmanes surge el Arlt que descubre cómo «el mundo se desvela por el revés», a juicio de D.-L. Hernández:

«Ahí lo primitivo (lo “medieval”) toma carta de naturaleza». Así, irrumpe el recurso socorrido de la oralidad y la sombra de *Las mil y una noches*, más su afición por el cine y las películas que recreaban el país marroquí, en historias llenas de clichés y exotismo consabido. Habrá que buscar en otros cuentos no recogidos en libro, y publicados en 1937-1939 en la prensa, el impacto de su viaje español extendido a su narrativa: por ejemplo, en «La doble trampa mortal», sobre espías, en el que se habla de las elecciones políticas y se menciona Ceuta, al «literato» Azaña y a Gil Robles; en «El embrujo de la gitana», en el que la Alhambra y Granada y los toros tienen gran protagonismo; o en «La taberna del Expoliador», ubicado en el Toledo del Greco y que refleja lo que sería sin duda el sentimiento de Arlt a su vuelta, menos de dos meses antes de que estalle la guerra: «... y es que me parte el alma hablar de España, y recordarla cómo fue, y saberla tan despedazada».

Y es que, al regresar, Arlt era otro hombre: «Ahora tomaba chocolate a la española, espeso; por las tardes escribía, estudiaba, escuchaba música oriental y española. La voz de Concepción Badía [soprano y pianista relacionada con Granados, Falla y Casals] llenaba los cuartos. La *Nana* de Falla lo enternecía hasta el arrobamiento evocativo», rememoró Mirta. Un temporal fin de la angustia, se podría pensar, ocupó su mente y su corazón antes que la vehemencia y su temperamento irascible dejaran huella en su nueva esposa y el resto de su familia y compañeros de trabajo, mezclado con su nostalgia por la aventura vivida, por su compromiso por los ideales republicanos y su posicionamiento antifranquista, ardiente en la distancia, con el impulso del periodista de raza que desea estar allá donde está ocurriendo lo más importante. Justo lo contrario de la reanudación de la rutina tras la peripecia europea, de la cotidiana oficina de *El Mundo*, de escribir para publicar o estrenar en un teatro a

la espera de las reacciones, nunca suficientemente halagadoras. «Uno, todos los días hace lo mismo, dice las mismas mentiras y las idénticas verdades; aburre a unos y distrae a otros, molesta a alguno y se hace odioso a varios, ¿vale la pena vivir? ¿Para qué?», se decía Arlt en la aguafuerte porteña «Días de neblina» (30-VI-1930), melancólica y preciosa. Cada una de esas afirmaciones y esas dos últimas preguntas, abiertas, retóricas, tendrían una respuesta y un sentido, un desafío y una esperanza, en tierras españolas y africanas, que contrarrestarían los cuarenta y dos años que pasó opinando sobre sí mismo, analizándose para sentirse diferente y mejor que los demás, rebuscando entre sus inquietudes y angustias cómo resolver el problema permanente, pero fatalmente irresoluble, de cómo vivir para ser feliz.

TONI MONTESINOS